

Revista Stultifera Navis

Número 1 Año 1 (Diciembre 2020)



La actualidad de Herbert Marcuse. Entre la utopía y la revolución.

Víctor Hugo Hayden Godoy¹

Chile

Herbert Marcuse alcanzó notoriedad extra académica a una edad avanzada, y cuando ya había escrito la totalidad de sus obras fundamentales. Sus bruscos saltos a la publicidad masiva se produjeron, en cada ocasión, en la cresta de la ola de una revuelta estudiantil. Curiosamente, los protagonistas del Mayo francés, quienes más contribuyeron a su popularidad escandalosa, lo ignoraban por completo. Solo está comprobado que un pequeño grupo del Movimiento 26 de Julio había organizado un cursillo sobre algún libro suyo en los meses anteriores a la revuelta. Quizás de ahí salió la mano que escribió en los muros de la Sorbona “Marx Mao Marcuse” y puso en marcha uno de los mitos finales de esa década.

Pero las tres M borroneadas en un muro y levantadas después en estandarte suscitaron una interpretación apresurada. Marcuse inductor de un movimiento que nadie entendía. El filósofo parecía la respuesta al acertijo. Indispensable leerlo para alcanzar hasta las claves de la subversión. En verdad, Marcuse no inspiró a los estudiantes franceses y quienes le atribuyeron la paternidad ideológica de Mayo no hicieron sino trasponer al nuevo conflicto la notoriedad lograda por el filósofo en Berlín el año anterior, donde sí había influido sobre acciones concretas de los estudiantes rebeldes y sobre la elaboración teórica realizada por Rudi Dutschke² y los marxioanarquistas alemanes. Después de Mayo

¹ Víctor Hugo Hayden es Magíster en Ética, y Candidato a Doctor en Filosofía Política y Moral por la Universidad de Chile. Escribe en la Revista Konvergencias (Argentina) y es el Director de Revista Stultifera Navis, Chile.

² Rudi Dutschke, fue un sociólogo marxista y político alemán. Fue el representante más conocido del movimiento estudiantil de los años 60 en Alemania Occidental (el llamado "movimiento del 68").

se visualizó una convergencia entre la crítica marcusiana y las vindicaciones más radicales expresadas por el movimiento estudiantil.

Los exégetas de Mayo encontraron en Marcuse un ataque devastador contra la sociedad industrial avanzada y una sospecha de apocalipsis. El pensador crítico descalificaba el marxismo soviético y el capitalismo occidental, pero los unía en la base como pertenecientes a un mismo estrato de desarrollo de las fuerzas de producción.

En el artículo *“Reexamen del concepto de Revolución”*, escrito poco antes del Mayo del 68, Marcuse destacaba que Marx había mostrado un optimismo racionalista en las posibilidades del progreso social hasta desembocar en la visión milenarista del “fin de la historia”. Frente a esa confianza surge ahora la inquietud de que el progreso material no implica la forzosidad de un progreso propiamente humano. *“La sujeción del hombre a sus instrumentos de trabajo, el aplastante aparato totalitario de poderío y destrucción, ha llegado hasta tal punto que este aparato constituye una fuerza que escapa a todo control...Puede descargar el golpe fatal antes de que las fuerzas opuestas, sean capaces de impedirlo.”* Este poder compacto y global, con capacidad, para imponer definitivamente su dominio, abre la posibilidad, no entrevista por Marx, de que el hipotético “fin de la Historia” pueda consistir en la instauración de la barbarie. A tal poder, ya determinante y absoluto, y a su potencialidad aterradora, solo cabe oponer una negación radical, capaz de situarse por fuera de su omnívora capacidad de absorción y reducción. Sin embargo, aquí surge para Marcuse, un nuevo problema, pues la clase obrera ha dejado de encarnar la posibilidad de esa fuerza opositora que Marx le había designado esencialmente. Marx desestimó la capacidad productiva del capitalismo, y con ello el ascenso del nivel general de la economía. Los obreros, hoy, están integrados al capitalismo avanzado; no aspiran a cambiar el sistema, sino a mejorar posiciones dentro del mismo sistema. Esta aspiración es fomentada por la industria publicitaria que estimula apetencias siempre renovadas, lo que mueve a satisfacerlas con mayor entrega a la producción. Los grupos sociales que la teoría dialéctica identifica con las fuerzas de la negación, ya están bien aplastadas, ya se conciliaron bien con el sistema vigente.

Antes de la Guerra, Marcuse había orientado su actividad, igual que los demás representantes de la Escuela de Frankfurt, a una interpretación del fascismo alemán, y a través suyo de algunas constantes de la cultura occidental que hacían posible su explicación.

Gian Enrico Rusconi³ en su considerable estudio dedicado a la Escuela de Frankfurt sostiene que la “teoría crítica de la sociedad” consiste en una *“teoría social de la racionalidad”* desde la cual se postula *“una nueva perspectiva de felicidad opuesta a la*

³ Gian Enrico Rusconi (1938) es un historiador y politólogo italiano. Especialista en historia comparada germano-italiana del siglo XX, enseña en la Universidad de Turín.

sublimación represiva, que caracteriza toda la estructura socioantropológica de la civilización contemporánea.”

El joven Marcuse de preguerra no deja dudas sobre lo anterior. Su cargo fundamental contra lo que llama la “cultura afirmativa” de la Edad Moderna, es haber sido incapaz de proponerse la felicidad. O mejor dicho, verse obligada a justificar su ausencia como efecto de las contradicciones sociales de que dicha cultura ha sido expresión.

La cultura clásica entendió lo bello como un mundo de felicidad y placer, argumenta Marcuse. Nunca concibió la belleza como algo desligado del placer sensible. Pese a ello, tampoco llegó nunca a afirmar la posibilidad de una existencia feliz, primordialmente por su escaso dominio de la realidad material. De esa manera la antigüedad clásica idealizó la felicidad y la hizo consistir en lo contrario de la realidad material.

En el curso de la Edad Moderna, se producen condiciones materiales que habrían permitido pensar en la felicidad como un manejo y disfrute de lo sensible. En lugar de ello surge una “cultura del alma” que no disimula su finalidad disciplinaria y conformista al presentar el “deber” del trabajo como categoría ética suprema y postular la renuncia al placer sensible en aras de un placer espiritual y superior. La “cultura del alma” compensa aspiraciones que no consiguen espacio en la vida cotidiana, (deseo de una vida mejor) ubicándolas en un ámbito superior y más puro. El apetito libidinal se internaliza y su espiritualización lleva a la resignación frente al mundo como existe y a satisfacciones sustitutivas que no implican la transformación de lo real. La riqueza espiritual excusa la miseria material.

En el arte se realizan los ideales de una vida embellecida que no puede realizarse en la existencia. El arte permite disfrutar de la belleza, pero la belleza misma solo puede disfrutarse en el arte, donde ya se ha tornado inofensiva para las dominaciones existentes. Esto, porque el carácter sensible de la belleza la acerca demasiado a la felicidad y la hace peligrosa. Para una sociedad que debe regular la felicidad y justificar su ausencia, la irrupción de la belleza constituye un azar riesgoso. La belleza es impúdica, muestra aquello que no puede ser mostrado públicamente y que a la mayoría le está negado.

Separada del ideal, separada del arte, inmersa en lo sensible, y como mera vida esplendente, la belleza padece la desvalorización general del ámbito material y se cosifica. Sobre todo, al tratarse de la belleza de los cuerpos y su promesa de dicha. Cuando el “cuerpo instrumento de trabajo” entra en el mercado como “cuerpo instrumento de placer”, alcanza su máxima cosificación y su valoración más baja. Sin embargo la cosificación en su extremo invierte la situación y se convierte en un nuevo punto de partida. Y aquí el joven Marcuse escribe un párrafo notable, donde remontándose desde la humildad de su tema anuncia las vastas construcciones utopizantes de *Eros y Civilización*.

“Allí, donde el cuerpo se convierte en una cosa, en una cosa bella, puede presumirse una nueva felicidad. En el caso extremo de la cosificación el hombre triunfa sobre aquella. El arte del cuerpo bello, tal como hoy puede mostrarse en el circo, en las variedades y en las revistas, esta frivolidad desprejuiciada y lúdica, anuncia la alegría por la liberación del ideal a la que el hombre puede llegar cuando la humanidad, convertida verdaderamente en sujeto, domine a la materia. Solo cuando se suprima la vinculación con el ideal afirmativo, cuando se goce de una existencia sabia, sin racionalización alguna y sin el menor sentimiento puritano de culpa, es decir cuando se libere a los sentidos de su atadura al alma, surgirá el primer brillo de otra cultura.” Y Marcuse concluye su estudio con una cita de Nietzsche: *“Cuando hayamos conseguido la felicidad, podremos aspirar a la cultura.”*

Entretanto, la cultura es solo un enmascaramiento del orden existente. Un orden que se ha prohibido a sí mismo la felicidad y que ofrece sus productos más logrados como una compensación, solitaria y sublime, a la desdicha de la existencia material.

En este sentido el fascismo tiene razón cuando afirma que “la cultura ha fracasado”. Ante el fracaso esa misma “cultura del alma”, se orienta por otra vertiente y llega a convertirse en el “realismo heroico popular”, que desembocará en la aparición del “Estado total-autoritario” con que se inaugurará el periodo fascista.

Al comenzar la década de los sesenta, Marcuse lleva muchos años radicado en Estados Unidos y está ocupado en detectar la armazón de ese “estado total-autoritario” bajo el ropaje engañoso de las democracias occidentales. Fruto maduro de esas investigación fue “El hombre unidimensional”, publicado en 1964, poco antes de la revuelta de Berkeley, donde Marcuse acababa de llegar como profesor, y donde sus libros conocieron su primera oleada de popularidad en los medios estudiantiles. Paralelamente, California, se había convertido en el escenario de una desafiliación juvenil sin precedentes. El inorgánico movimiento hippie se marginaba de cualquier tipo de actividad política, pero llevaba a cabo una transformación de la experiencia cotidiana no ajena a algunas postulaciones utopizantes de “Eros y civilización”. Norman Brown había saludado este libro, en el prólogo de “Vida contra muerte”, como el primer anuncio, después de Wilhelm Reich, de una posibilidad de liberación. De esta manera, entre el pensamiento marcusiano y la realidad social e intelectual, se iba dando una convergencia que culminaría con la gran identificación del final de la década, Berlín’67 y post Mayo’68. Marcuse vio en estos grupos y tendencias los síntomas de una descomposición y la posibilidad de la lejana alternativa.

“...Hoy hay, efectivamente, en la sociedad, tendencias anárquicamente sin organizar, espontáneas, que anuncian la ruptura total con las necesidades imperantes en la sociedad represiva. Estos grupos, son característicos de un estado de desintegración del sistema, que, como mero fenómeno, no posee en sí mismo fuerza transformadora alguna,

pero que acaso un día, junto con otras fuerzas distintas y mucho más objetivas, puede alcanzar su función.”

La originalidad de esta nueva bohemia de la edad nuclear radicaba en su independencia de las necesidades artificiales provocadas por el sistema, y, a la vez, como consecuencia del mismo bienestar creciente, en la aparición de necesidades nuevas, en pugna con los valores utilitarios de la sociedad competitiva. Las necesidades de paz, libertad, naturaleza, belleza, evocadas por Marcuse en *“Eros y civilización”*, irrumpen bruscamente en la cultura marginal, de los beatniks en adelante, y alcanzan en el hipismo una expansión generalizada, más allá de los círculos minoritarios de la bohemia literaria y artística tradicional. El surgimiento de estas necesidades, conjetura Marcuse, puede originar los componentes propiamente políticos de “nuevas formas de la negación”, ahora paralizadas en un conformismo afirmativo. De aquí que los escritos tardíos de Marcuse, vitalizados por las turbulencias de la década, tengan un apasionado cariz de exhortación. Ha logrado hacerse oír entre la juventud y quiere aprovechar al máximo su posibilidad de influir y decidir. El sistema es cerrado, insiste Marcuse; dentro de suyo no hay oposición viable. Todos sus mecanismos, incluso los que muestran una negativa aparente, contribuyen al juego de su auto perpetuación. La única salida es, literalmente, saltar fuera, el recurso de la “negación total”, la política de la Gran Ruptura. Frente a la sociedad represiva y su cultura debe constituirse una cultura distinta que la niegue, y cuyos contenidos sean la expresión inédita de una libertad actuante.

La carga ética y voluntarista en las ideas de Marcuse ha sido considerada, a menudo un signo de pensamiento idealista. En verdad, Marcuse es mucho más dependiente de Heidegger de lo a que él mismo le habría gustado ser. Ya en 1928, al año siguiente de la aparición de *“Ser y Tiempo”*, Marcuse intentó una aproximación entre la teoría marxiana y la realidad concreta de “hombre” (ser-ahí) tal como apareciera descrita en los análisis de Heidegger. Posteriormente escribió su tesis de habilitación sobre la *“Ontología de Hegel”*, bajo la dirección del propio Heidegger, de quien Marcuse era ayudante en Friburgo. Esta dependencia persiste en obras maduras, en un plano más maduro que el de la apasionada condenación política ulterior. *“El hombre unidimensional”*, parece deber mucho a los capítulos IV y V de *“Ser y tiempo”*, e incluso la noción de “unidimensionalidad” luce como una variante del “aplanamiento” del “uno mismo” señalado por Heidegger en su descripción del “ser uno con otro” (*Ser y Tiempo* Cap. IV). En su análisis de la sociedad de la sociedad industrial avanzada, Marcuse reseña, en cierto modo, las expresiones concretas de la “cotidianidad impropia” en una circunstancia histórica determinada. Su invocada mutación de la conciencia refleja el tránsito de la “mismidad impropia” a la “existencia auténtica”, imperativo que ya estaba presente en el esfuerzo sincrético de su estudio de juventud.

El desplazamiento desde lo degradado hasta una autenticidad reasumida, da la clave de lo que Marcuse llamará “el escándalo de la diferencia cualitativa”, en cuyo nombre

arremete contra los diversos tipos de pensamiento “aplanante” en cuanto ideologías de tecnocracia. Marcuse objeta un pensamiento operacional que solo maneja magnitudes cuantitativas. Este pensamiento no está al servicio de la razón, sino orientado hacia la explotación de la naturaleza y el funcionamiento de técnicas eficaces de dominio. Al mundo aplanado de la cantidad que organizan los poderes cibernéticos, Marcuse opone el despliegue multidimensional de experiencias cualitativas que abren paso a consideraciones éticas y estéticas. La existencia no es solo productiva o improductiva. Ante todo, es auténtica o no lo es. La vida humana excede el ámbito de operación de la sociedad técnica y florece más allá de sus relaciones de poder. El tema de Marcuse es la irrupción diferenciadora de la cualidad en un mundo uniformado por el frenesí de la cantidad. Y cualidad remite a libertad, veracidad, belleza. La diferencia cualitativa es el desgarramiento en la trama uniforme de los poderes y la brecha por donde ingresan en el espacio social actitudes y valores que los niegan.

La afirmación de Dostoievski: “La belleza salvará al mundo”, se encuentra aguas arriba en la misma corriente donde Marcuse sumerge sus odres filosóficos. Y más arriba aún, en Schiller, primera ocupación intelectual del joven profesor berlinés, editor de un catálogo de la Biblioteca Schiller en 1925. La referencia a Schiller en “*Eros y civilización*” corta el nudo gordiano de la represión inevitable y permite postular esa “sublimación no represiva” que dará origen a la nueva civilización “erótica-estética” y el paso de la psicología y el arte a la política efectiva. En sus “*Cartas sobre la educación estética del hombre*”, Schiller se había propuesto responder al desafío de la organización racional del estado planteado por la revolución francesa. “*No es por lo menos extemporáneo - se pregunta Schiller - andar buscando un código del mundo estético cuando los asuntos del mundo moral ofrecen un interés mucho más próximo, y el espíritu filosófico de investigación es requerido tan insistentemente por los acontecimientos a ocuparse en la obra de arte más perfecta que cabe: el establecimiento de una verdadera libertad política?... Para resolver en la experiencia el problema político, precisa tomar el camino de lo estético, porque a la libertad se llega por la belleza.*”⁴ Marcuse piensa exactamente en la misma línea, y desde su denuncia de la “cultura del alma” ha pensado en la belleza como el camino que lleva al disfrute de lo sensible y a la conquista de la libertad sobre la materia dominada.

En la situación actual, las condiciones cuantitativas de riqueza material y progreso tecnológico hacen posible el advenimiento de la utopía. O mejor dicho, ésta deja de ser tal. El sueño de una humanidad pacificada es hoy posible porque el hombre ha desarrollado los medios para liberarse de la necesidad y de la violencia que conlleva la disputa por escasos bienes. Si no se desemboca en una sociedad libre, posibilitada por la riqueza y la técnica, ello se debe a la internalización de la represión social que repite en el individuo los esquemas coactivos del exterior. “*Los individuos reproducen en sus propias necesidades la*

sociedad represiva, incluso a través de la revolución, y es exactamente esta continuidad de las necesidades represivas las que hasta el presente ha impedido el salto de la cantidad a la cualidad en una sociedad libre". La represión trasunta las formas peores de la irracionalidad social, la agresividad, la competencia sin frenos, el poder arbitrario y la revolución que lo repite. Liberarse de la represión implica también una nueva moral, "negación de la moral judeocristiana". Todo esto ingresa en la posibilidad histórica efectiva con la irrupción de una "nueva sensibilidad", postulado que retoma los temas de Schiller a través de una lectura de Freud y Wilhelm Reich.

Lo que mejor ejemplifica esta nueva sensibilidad es la devastación del mundo platónico producida por la irrupción del elemento negro en la naciente cultura planetaria. Esa música desgarrada, que suena hoy en Occidente, llegada de África, niega las limpias construcciones de la supersublimada música europea y puebla el templo de Apolo con la invasión coribántica de una liberación llevada a lo biológico. *"Los que hoy se rebelan contra la cultura establecida también se rebelan contra lo bello de esta cultura, contra sus formas demasiado sublimadas, segregadas, ordenadas y armoniosas. Sus aspiraciones libertarias aparecen como una desublimación metódica. Quizá sus ímpetus más fuertes provienen de grupos sociales que hasta ahora han permanecido fuera del campo de toda la cultura. Ahora oponen a la "música de las esferas", que era el logro más sublime de esta cultura, su propia música, con todo el desafío, el odio y la alegría, de unas víctimas rebeldes que definen su propia humanidad contra las definiciones de los amos."*

Las frases anteriores fueron escritas en plena conmoción de las revueltas estudiantiles norteamericanas y europeas, cuando Marcuse entrevió la posibilidad de una alternativa a partir de una acción solidaria entre la juventud rebelde, las minorías segregadas y las vastas multitudes del Tercer Mundo. En su libro-manifiesto *"Un ensayo sobre la liberación"*, Marcuse hace de la "nueva sensibilidad" un factor político activo, liberando la dinámica del cambio social de su dependencia rígida de la infraestructura postulada por la teoría revolucionaria clásica. Esta obra, redactada en 1967, fue publicada al año siguiente, poco después de la insurgencia del Mayo francés. En un añadido de final de capítulo, Marcuse, luego de insistir una vez más en sus ideas básicas, concluye, viendo en los acontecimientos la ratificación de sus teorías, entendidas como un desplazamiento de Marx a Fourier:

"¿Es ésta una concepción utópica? Ha sido la gran, la verdadera fuerza trascendental, la "idee neuve", en la primera rebelión poderosa contra la totalidad de la sociedad existente, la rebelión por la total transvaloración de los valores, por formas de vida cualitativamente diversas: la rebelión de Mayo en Francia...La nueva sensibilidad se ha convertido en una fuerza política. Cruza la frontera entre la órbita comunista y la capitalista; es contagiosa porque la atmósfera, el clima de las sociedades establecidas, lleva consigo el virus". Y el prólogo asevera enfático: *"La supresión temporal de la rebelión no dará marcha atrás a la tendencia"*.

La tendencia está interpretada como esa “nueva sensibilidad”, cuya amplia gravitación generacional le garantiza vigencia en el futuro inmediato y la cierta posibilidad de una transformación social. Igual que Cohn-Bendit⁵, y todos los comentaristas del inmediato post-Mayo, Marcuse optó por considerar la revuelta frustrada como el punto de partida para un cambio social de basto alcance. Mayo era el comienzo de capítulo y no solo un paréntesis fugaz en el monótono texto de la sociedad industrial avanzada. Estas apreciaciones se vieron defraudadas por los hechos subsecuentes. La tendencia dio “marcha atrás” y la sociedad “unidimensional” navegó sin tempestades en el reflujo conservador de los años setenta.

Al fin de la década muere Herbert Marcuse tras haber provocado el escándalo de su propia irrupción en la cultura de masas. La áspera planicie de las sociedades establecidas ha vuelto a cerrarse sobre la llameante grieta cuyos resplandores iluminaron su apacible figura de profesor y filósofo. Pero su obra lo sobrevive en su ámbito propio y probablemente seguirá viva mucho tiempo. Más allá de sus definiciones políticas concretas, Marcuse es el pensador que le dio la espalda a una cultura de conformismo y resignación y se atrevió a postular la felicidad como el destino posible para todos los hombres y mujeres. Una felicidad modesta, por supuesto, a la medida de lo humano, pero preferible a las grandes tragedias.

Bibliografía Herbert Marcuse

- *“Eros y civilización”*, Editorial Ariel. 2010.
- *“El hombre unidimensional”*. Editorial Austral. 2016.
- *“Razón y revolución”*. Editorial Alianza. 2010.
- *“Tecnología, Guerra y Fascismo”*. Editorial Godot. 2018.
- *“Un ensayo sobre la liberación”*. Editorial Joaquín Mortiz. 1969.

⁵ Daniel Cohn-Bendit es un político europeo de nacionalidad francesa y alemana. Se dio a conocer primero por su participación en Mayo del 68 y su tendencia anarquista, que luego cambió por la de ecologista reformista.